

LA DISCRECIÓN EN GRACIÁN

SEBASTIAN NEUMEISTER

Freie Universität Berlin

La discreción es pasto de la melancolía.
El Criticón, I, xi

EL CONCEPTO de la discreción y de su representante, el discreto, no tienen, al contrario de la prudencia y del prudente, una fortuna crítica muy propicia. No constan ni el lema “discreción” ni “discreto” ni en el vocabulario de la edición crítica de *El Discreto* de Miguel Romera-Navarro y Jorge M. Furt, del año 1960, ni en el “Índice de vocablos y locuciones comentados en el texto” de la edición del *Criticón*, de Evaristo Correa Calderón, del año 1971. En el índice del estudio clásico de Helmut Jansen, *Die Grundbegriffe des Baltasar Gracián (Los términos básicos de Baltasar Gracián)*, del año 1958, constan 27 entradas de la pareja “discreción/discreto” y 40 de la pareja “prudencia/prudente”, pero el autor nos ofrece sólo un capítulo de tres páginas sobre la discreción, mientras que dedica uno de 26 páginas a la prudencia. En el índice de la obra básica de Mercedes Blanco, *Les Rhétoriques de la Pointe. Baltasar et le Conceptisme en Europe*, del año 1992, la prudencia se encuentra 27 veces, la discreción, en cambio, sólo 18 veces.

La misma impresión se obtiene cuando consultamos el *Corpus del español* del profesor Mark Davies, de la Illinois State University, EE. UU., en Internet (<http://www.corpusdelespanol.org>). Este corpus contiene cien mil palabras desde el siglo XIII hasta el año 2000 y revela la fortuna de las distintas palabras del castellano a través de los siglos. Constan también las palabras *discreción/discreto* y *prudencia/prudente*.

Mark Davies, *Corpus del español*, 2000 (www.corpusdelespanol.org):

Frecuencia de las palabras “discreción, discreto, prudencia, prudente”

Siglo	XIII	XIV	XV	XVI	XVII	XVIII	XIX	XX (lit.)
discreción	5			794	702	309	378	170 (108)
discreto	27	20	359	661	1041	246	910	123 (64)
prudencia	3	11	160	1665	1224	849	1026	299 (84)
prudente	2	10	212	694	814	532	805	229 (127)

Las palabras *discreción* y *prudencia* dominan claramente en los siglos XVI y XVII, con el segundo en segunda posición: 794/702 y 1665/1224 ocurrencias, respectivamente. Estas cifras prueban el predominio de la prudencia como concepto sobre la discreción. Para las palabras *discreto* y *prudente*, en cambio, el siglo XVII le toma la delantera al XVI: 1041/661 y 814/694 ocurrencias, respectivamente. Antes y después, en los siglos XVIII a XX, las ocurrencias disminuyen de manera considerable (*discreción*: 309/378/170, de las cuales 108 literarias; *prudencia*: 849/1026/299, de las cuales 84 literarias), lo que demuestra el cambio ideológico y cultural ocurrido en los siglos posteriores, con un nuevo reaumento considerable en el siglo XIX, debido quizás al interés romántico y positivista por la historia. En lo que se refiere a Gracián, sin embargo, tenemos que relativizar los resultados citados. El profesor Mark Davies no ha integrado en su corpus las obras de Gracián, excepción hecha sólo de *El Héroe* que suministra dos testimonios del lema *prudencia*. Mejor volver, por lo tanto, a las obras del mismo Gracián.

Klaus Heger, en uno de los trabajos más antiguos sobre Gracián (*Baltasar Gracián. Estilo y Doctrina de valores*), del año 1952, traducido al castellano en 1960 y reeditado en 2001 con motivo del IV centenario del nacimiento de Gracián, es el primero que le dedica al discreto un capítulo más amplio, de 30 páginas. Visto de más cerca, sin embargo, Klaus Heger establece relaciones muy justificadas en sí entre la discreción y otros valores claves en la obra del jesuita, el ingenio, el gusto, el juicio, el autodomínio, la heroicidad, etc., que abren el camino a todo un conjunto de virtudes: “Un comprender la *discreción* en conjunto no puede jamás conseguirse”, según él, “por una virtud determinada y su perfección, sino que es el objetivo de una propiedad que abarca todas las virtudes. Gracián la denomina *entereza*”.¹ Volveremos a encontrar este concepto al final.

Hubo que esperar, por lo tanto, hasta el año 1997, hasta que salió un libro dedicado a todos los aspectos de la discreción y del discreto. Fue la edición de *El Discreto* realizada por Aurora Egido, con una introducción de 128 páginas y 269 notas, para no hablar de las 462 notas “acarreadas” - palabra clave de la editora - al texto de Gracián². Y para añadir una faceta del destino europeo de *El Discreto*,³ la primera

¹ Klaus Heger, *Baltasar Gracián. Estilo y Doctrina*, Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”, 2001, p. 155.

² Baltasar Gracián, *El Discreto*, edición, introducción y notas de Aurora Egido, Madrid: Alianza Editorial 1997. Cito, en lo que sigue, por esta edición.

traducción alemana del texto realizada sobre el original castellano, se hizo tan sólo en 1996.⁴

Klaus Heger, en su libro esencial sobre el estilo y la doctrina de Gracián, describe con gran lucidez la situación a la que tiene que enfrentarse toda tentativa de determinar el contenido y el significado de los distintos valores del sistema conceptual de Gracián:

El intento de indicar el mutuo enlace de los campos de significación de palabras como felicidad, ventura, fortuna, contingencia, vanidad, muerte y otras —y podemos incluir aquí sin más el concepto de la discreción— ha mostrado siempre una carencia de límites firmes. Esto estriba no sólo en la esencia del campo de significación como tal, sino también en el carácter, tan frecuentemente observado, que tienen estas palabras en nuestro autor: le sirven no como definiciones fijas sino como denominaciones para núcleos de determinadas perspectivas funcionales. Esta disolución funcional de los conceptos hace imposible una limitación exacta del valor expresivo de una palabra y condena al fracaso el intento de aprisionar a Gracián en un sistema conceptual (*op. cit.*, p. 97).

El *Diccionario de Autoridades* nos ofrece dos significados principales de la palabra *prudencia*: “Una de las cuatro virtudes cardinales que enseña al hombre a discernir y distinguir lo que es bueno o malo” y, mucho más corto: “Se toma también por cordura, templanza y moderación en las acciones”. El mismo diccionario conoce tres significados de *discreción* y de *discreto*, con un gran número de citas de Cervantes, Lope, Luis de Granada, Góngora y otros, pero ninguna de Gracián, autor no consultado por la Real Academia Española en 1732 y 1737. El discreto es, según la Real Academia,

1° “cuerdo y de buen juicio”,

2° “el que es agudo y eloqüente, que discurre bien en lo que habla o escribe”, y

3° “se extiende figuradamente a las acciones, hechos y dichos con prudencia, oportunidad o agudeza”.⁵

³ Cf. Sebastian Neumeister, “*El Discreto* en su contexto europeo”, en Aurora Egido, M^a Carmen Marín, Luis Sánchez Laílla (eds.), *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001). Actas del II Congreso Internacional “Baltasar Gracián en sus obras”* (Zaragoza, 22-24 de noviembre de 2001), Zaragoza-Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución “Fernando el Católico”-Gobierno de Aragón, 2003, pp. 39-52.

⁴ Baltasar Gracián, *Der kluge Weltmann (El Discreto)*. Zum ersten Mal aus dem spanischen Original von 1646 ins Deutsche übertragen und mit einem Anhang versehen von Sebastian Neumeister, Frankfurt am Main: Neue Kritik, 1996.

⁵ Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*. Edición facsímil, Madrid: Gredos, 1969, vol. II, p. 298 b, s.v.

Podemos deducir de estos significados, por lo tanto, una bipolaridad entre los hechos y los dichos, entre valores práctico-sociales y cualidades retórico-poéticas. Son los dos sentidos que se mantienen todavía en la versión actual del diccionario de la Real Academia, al lado, sin embargo, de un tercero, el más corriente en nuestros días y en todos los idiomas europeos: “Reserva, prudencia, circunspección”. Este desarrollo del tercer significado que ha ocultado más o menos los dos primeros, se debe a la influencia de la vida de corte sobre las reglas del comportamiento social. Es sobre todo Baltasar de Castiglione quien ha formulado estas reglas en su *Libro del Cortegiano*, traducido al castellano, como se sabe, por Juan Boscán en 1534. En el *Libro del cortegiano* podemos leer, por ejemplo:

Voglio adunque che `l nostro cortegiano, se in qualche cosa oltr'all'arme si trovarà eccellente, se ne vaglia e se ne onori di bono modo; e sia tanto *discreto* e di bon giudicio, che sappia tirar con destrezza e proposito le persone a vedere ed udir quello, in che a lui par d'essere eccellente, mostrando sempre farlo non per ostentazione, ma a caso, e pregato d'altrui più presto che di volontà sua; ed in ogni cosa che egli abbia da far o dire, se possibil è, sempre venga premeditato e preparato, mostrando però il tutto esser all'improviso (II, 38).⁶

Para Castiglione la discreción es, como se ve, sobre todo un problema del comportamiento, no del contenido. Baltasar Gracián, sin embargo, no abandona, a pesar de su interés por la vida del cortesano, la bipolaridad básica de los hechos y dichos, de juicio y agudeza. Son sobre todo tres de sus obras, en las cuales habla de la discreción: *El Discreto*, el *Oráculo manual* y *El Criticón*. El concepto de la discreción aparece allí en diferentes contextos, pero hay que intentar establecer un campo semántico común que pueda aclararnos mejor sobre el sentido de la palabra discreción en Gracián. Conocemos todos el principio de la cuarta *crisi* de la segunda parte del *Criticón* titulada “El museo del Discreto”:

Solicitaba un entendido, por todo un ciudadano emporio, y aun dicen corte, una casa que fuese de personas, mas en vano...

Un entendido está buscando a personas. Y tiene suerte:

Guióle ya su dicha a entrar en una, y aun única; y al punto, volviéndose a sus discretos, les dijo:

⁶ Baldassare Castiglione, *Il Libro del Cortegiano*, de la palabra ya la significación moderna de discreto. a cura di Ettore Bonora, Milán: Murisa, 1972, p. 146. Prevalece, con todo eso, en las ocurrencias

-Ya estamos entre personas: esta casa huele a hombres.

-¿En qué lo conoces?- le preguntaron.

Y él:

¿No veis aquellos vestigios de discreción?

Y mostros algunos libros que estaban a mano:

-Éstas -ponderaba- son las preciosas alhajas de los entendidos. ¿Qué jardín del abril, qué Aranjuez del mayo, como una librería selecta? ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto, como un culto museo, donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface? (C, II, iv, p. 422).⁷

He aquí una especie muy particular del discreto: son los cultos del siglo XVI⁸ que conocen no sólo los libros, sino también “los buenos dichos y galantes hechos, así heroicos como donosos” (D, V, p. 202) de los grandes de la Historia. Lo que sigue en la cuarta crisi es la enumeración de las salas del museo del Discreto, palacio del entendimiento, donde “todo era luz y todo claridad” (C, II, iv): el patio de las artes, el salón de la historia, la mansión de la humanidad, etc. etc., hasta la última sala, el sagrario de “la divina policía”.

Encontramos la misma concepción de la discreción ya en el último realce del tratado *El Discreto*, del año 1646, “Culta repartición de la vida de un discreto”, sintetizado un año más tarde en el aforismo 229 del *Oráculo manual*. Gracián propone varios modelos de la repartición de la vida de un discreto, las cuatro estaciones del año, la “Y” pitagórica, la repartición en cinco etapas del matemático Jaime Juan Falcón, acabando, sin embargo, con la famosa repartición tripartita del hablar con los muertos, los vivos y consigo mismo (D, XXV, p. 358). Las tres jornadas de la comedia o tragicomedia de la vida están dedicadas a toda clase de saber, al contenido de los libros, a la “ciencia experimental” de la vida, y por fin a la meditación de lo visto: “Traga primero leyendo, devora viendo, rumia después” (D, XXV, p. 365). La meta de la vida del discreto, después de haber conseguido una “noticiosa universalidad” compuesta de la filosofía moral y natural, la historia, la poesía, la retórica, la humanidad, la cosmografía, y la “sagrada lición”, es la entereza, corona de la discreción, según el penúltimo realce de *El Discreto*. La colección de todas estas cualidades nos conduce, por lo tanto, en dos direcciones: hacia el hombre de plausibles noticias, del quinto realce de *El Discreto* y del aforismo 22 del *Oráculo manual*, y hacia la virtud, tan esencial para realizar la discreción.

⁷ Cito, en lo que sigue, por la edición de Carlos Vaíllo, Barcelona: Círculo de lectores, 2000.

Beruf. Zum Selbstverständnis gelehrter und schriftstellerischer Existenz im spanischen Siglo de Oro, Düsseldorf: Droste, 1987.

⁸ Cf. Christoph Strosetzki, *Literatur als*

La discreción del hombre de plausibles noticias lo asemeja al Hércules gálico representado en uno de los emblemas de Alciato, emblema “conceptuoso”⁹ al que Gracián alude varias veces:

Más triunfos le consiguió a Hércules su discreción que su valor; más plausible le hicieron las brillantes cadenillas de su boca que la formidable clava de su mano; con ésta rendía monstruos, con aquéllas aprisionaba entendidos, condenándolos a la dulce suspensión de su elocuencia, y al fin, más se le rindieron al tebano discreto que valiente (*D, V*, pp. 199-200).

¿Cuáles son las plausibles noticias que cualifican a un discreto? Es una erudición plausible que se compone, primero, de “una noticia universal de todo lo que en el mundo pasa”, “un plático saber de todo lo corriente”; segundo, de “una juiciosa comprensión de los sujetos, una penetrante cognición de los principales personajes desta actual tragicomedia de todo el universo”, y, tercero, “de una tan sazónada como curiosa copia de todos los buenos dichos y galantes hechos, así heroicos como donosos” (*D, V*, pp. 201-202). Lo que importa sobre todo, sin embargo, es dónde y cómo se aprende esta plausibilidad:

Un modo de ciencia es éste que no lo enseñan los libros ni se aprende en las escuelas; cúsase en los teatros del buen gusto y en el general, tan singular, de la discreción (*D, V*, p. 200).

Estos teatros del buen gusto y de la discreción establecen el recinto donde se encuentran la pragmática cortesana y la estética conceptuosa en el medio de la conversación: es a la vez “una cierta sabiduría cortesana” y “una conversable sabrosa erudición”, un saber a la vez actual y tradicional:

Vase comunicando de unos a otros en la erudita conversación, y la tradición puntual va entregando estas sabrosísimas noticias a los venideros entendidos, como tesoros de la curiosidad y de la discreción (*D, V*, p. 201).

Abundan en esta parte del quinto realce las nociones del gusto: “sabrosa erudición”, “buen gusto”, “sabrosísimas noticias”, la “más gustosa parte”, “los suavísimos frutos”, “lo picante en sátiras”, “la sazónada copia”, “las sales”, “los picantes”, la “dulcísima munición toda para conquistar el gusto” (*D, V*, pp. 200-202). Gracián queda en el mismo campo semántico cuando, después de apreciar las sentencias de Felipe

⁹ Cf. Baltasar Gracián, *Agudeza y Arte de ingenio*, Calderón, Madrid: Castalia, 1969, vol. I, p. 202. edición, introducción y notas de Evaristo Correa

II, los apotegmas de Carlos V y las profundidades del Rey Católico, hace la defensa de lo nuevo:

Si bien los más frescos, y corriendo donaire, son los que tienen más sal y los más apetitosos. Los flamantes hechos y modernos dichos; añadiendo a lo excelente la novedad, recambian el aplauso, porque “sentencias rancias, hazañas carcomidas” es tan cansada como propia erudición de pedantes y gramáticos (*D*, V, p. 203).

Con todo esto, la noción del gusto no es sólo una categoría sensual y estética, sino que nos acerca como metáfora de nuevo a la discreción. En los aforismos 49 y 51 del *Oráculo manual* Gracián trata del “hombre juicioso y notante” y del “hombre de buena elección”, respectivamente. La elección debe ser el resultado de la moral anatomía de la cual Gracián habla en el aforismo 49 asimismo que en el quinto realce de *El Discreto*. La elección supone, según el aforismo 51, síntesis del décimo realce de *El Discreto*,

...el buen gusto y el rectísimo dictamen, que no bastan el estudio ni el ingenio. No ai perfección donde no ai delecto [en el sentido de “elección”]; dos ventajas incluye: poder escoger, y lo mejor (*OM*, 51, p. 130)¹⁰.

“Poder escoger, y lo mejor”: capacidad que se exige sobre todo del que manda, luego del príncipe. Ya no le bastan a él ni el estudio en el museo del Discreto, ni el ingenio, sol del mundo menor (lo que hace a Apolo, dios del sol y de las musas, también el dios de la discreción; *D*, V, p. 166). Entramos en el recinto de la prudencia, tema del *Oráculo manual*, aunque las dos obras se completan mutuamente, dado que *El Discreto* es también un arte de prudencia, y el *Oráculo manual* asimismo un arte de la discreción, un arte para “saber repartir su vida a lo discreto”, como reza el título del aforismo 229.¹¹

¹⁰ Cito, en lo que sigue, el *Oráculo manual* por la edición de Emilio Blanco, Madrid: Cátedra, 1995.

¹¹ La casi identidad de los términos discreción y prudencia se mantiene hasta mediados del siglo XVIII como lo podemos deducir de un documento del año 1766 en el cual se compara la actitud de Carlos III ante el motín de Esquilache con la actitud adoptada por Felipe II, llamado “El Prudente”, delante la rebelión aragonesa: “La mayor acción que se cuenta de la *prudencia* del

Señor Rey Don Felipe Segundo fue la de haber sujetado a los Aragoneses. [...] que se levantaba gente a toda prisa para oponerse al ejército Real, lo sabía Felipe Segundo por instantes, y aunque estas noticias causaban a su Real ánimo aquel justo enojo de verse, no solamente desobecido y no respetado, como era debido, sino amenazado vigorosamente a cara descubierta por los Aragoneses sus vasallos, disimuló su ira, conociendo que obrar con ella era aventurarlo todo, y no remediar nada. Valióse, pues, de la *discreción y de la prudencia*” (“Discurso histórico

Más tarde, la discreción se entiende, como ya señalamos, como prudente reserva, mientras que la prudencia ocupa más y más el terreno de la práctica. En el siglo XVII, en cambio, la prudencia, de procedencia medieval y escolástica, se basa en la *sindéresis*, es decir, el buen sentido y juicio, que garantiza el buen éxito en el hacer, según el aforismo 96 del *Oráculo manual*:

Es el trono de la razón, basa de la prudencia, que en fe della cuesta poco el acertar. [...] Consiste en una conatural propensión a todo lo más conforme a razón, casándose siempre con lo más acertado (*OM*, 96, p. 154).

La “prudentísima *sindéresis*”, como Gracián la llama en el aforismo 24 del *Oráculo manual*, procede de valores teológicos. Significa desde San Jerónimo, “doctor Ecclesiae” del siglo cuarto, la conciencia que tiene como objetivo el corregir los errores de la razón y el dominar los apetitos sensuales. San Jerónimo coincide en esta definición con la que Alberto Magno da nueve siglos más tarde de la prudencia y de la discreción:

Prudencia verdadera y perfecta es procurar siempre de allegarse al conocimiento de la perfección de Dios y del abismo de la miseria humana. [...] Aquél tiene verdadera prudencia que con solicitud procura entender cuál es lo más perfecto, y con todas sus fuerzas lo abraza, y cuál es lo malo, y con todo corazón lo aborrece. [...]

Discreción verdadera es saber juzgar prudentemente entre el Criador y la criatura: qué quiere decir Criador, y qué criatura. Y saber hacer diferencia entre lo que es bueno, y mejor, y muy mejor; y de lo que es malo, y peor, y muy peor; y conocer cuánto se debe apetecer lo bueno y aborrecer lo malo.¹²

Prudencia y discreción todavía se confunden en el pensamiento de Alberto Magno: “Juzgar prudentemente de todas estas cosas toca a la verdadera discreción. Esta virtud es maestra de todas las virtudes y la que les pone la tasa y les da la orden con que lo deben ser” (*ibíd.*).

de lo acaecido en el alboroto de Madrid ocurrido el Domingo de Ramos 23 de Marzo de 1766”, en *El motín de Esquilache a la luz de los documentos*, edición de Jacinta Macías Delgado, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1988, p. 51). Es probablemente una de las últimas apariciones de la pareja *discreción y prudencia* en el sentido de una facultad pragmática y de discernimiento.

¹² *Tratado de las Virtudes, intitulado Parayso del Alma, compuesto por Alberto Magno (Paradisus Animae sive Libellus de Virtutibus)*. Traduzido por P. Pedro de Ribadeneyra, Madrid, 1611, fol. 48, citado por Alexander A. Parker en el apéndice de su edición del auto sacramental *No hay más fortuna que Dios*, de Calderón, Manchester: Manchester University Press, 1949, p. 83.

Encontramos la misma colocación de la discreción entre las virtudes todavía en Calderón, si bien la discreción ya no es una virtud en sí misma sino su alma. Dice la Discreción, figura alegórica del auto sacramental *No hay más fortuna que Dios*:

Yo soy el alma de todas
 las perfecciones, supuesto
 que no hay virtud que sin mí
 logre su merecimiento;
 pues no siendo virtud, soy
 quien modera sus extremos,
 para que su elevación
 subsista siendo yo el medio;
 y si esto, Poder, no basta
 para haberte dicho en esto
 que soy la Discreción, hablen
 las experiencias, pues vemos
 que sin Discreción no hay
 virtud que no corra riesgo,
 pues virtud sin Discreción,
 si no es vicio, corre a serlo (vv. 838-853).

La discreción no es una virtud, por lo tanto, pero es imprescindible para moderar las virtudes, la misericordia, p. ej., que salen del medio justo y se vuelven extremas y hasta viciosas sin ella: clara reminiscencia de la *mesotes* aristotélica, el medio entre lo demasiado y lo insuficiente, adaptándose siempre a la situación. Debemos sentir y actuar “en el momento propicio, por las situaciones y hombres adecuados, por las razones justas y de manera apropiada. Esto es el término medio, lo mejor; esto es el rendimiento y el resultado de la probidad moral”.¹³

Ya no estamos lejos del séptimo realce de *El Discreto*, “El hombre de todas horas”, de Gracián. Llama la atención además que la Discreción se define a sí misma en un diálogo con el Poder. Sigue, por lo tanto:

Y del espiritual
 al político gobierno
 pasando, del Mal y el Bien
 en mí está el conocimiento,
 por más que los disimule
 la Malicia de los tiempos.
 De la gran Sabiduría
 hija soy... (vv. 854-861)

¹³ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1106b 26 ss.

La discreción se precia del conocimiento del mal y del bien, pero no tanto en el sentido moral como en el sentido de la milicia que la vida del hombre es contra la malicia (*OM*, 13). Los acentos en el discernimiento del bien y del mal cambian de posición: las virtudes pasan al segundo plano, mientras que la pragmática política ocupa el primer plano. Para comprender bien este cambio debemos recurrir al padre espiritual de Gracián -y, en una cierta medida, también de Calderón, alumno del Colegio Imperial de Madrid-, es decir a Ignacio de Loyola y lo que Benito Pelegrín llama el espacio jesuítico, “l’espace jésuitique” de Gracián. San Ignacio es, sin intentarlo, el precursor en el proceso de la separación del conocimiento y autoconocimiento del hombre por un lado y del conocimiento de Dios por el otro, sin renunciar por su parte a la unidad de los dos.

En las *Constituciones*, complemento esencial de sus *Ejercicios espirituales*, que el santo redactó en castellano hasta el final de su vida, en el segundo capítulo de la nona parte principal, se halla la descripción del General de la orden (“Quál haya de ser el Prepósito General”), descripción en la cual, según el padre Gonçalves da Câmara, San Ignacio “parece averse pintado a sí mismo” (624).¹⁴ El General de la orden debe

ser dotado de grande entendimiento y juicio, para que ni en las cosas speculativas ni en las prácticas que ocurrieren le falte este talento. Y aunque la doctrina es muy necessaria a quien tendrá tantos doctos a su cargo, más necessaria es la prudencia y uso de las cosas spirituales y internas, para discernir los spíritus varios y aconsejar y remediar a tantos que tendrán necessidades spirituales, y así mesmo la discreción en las cosas externas y modo de tratar de cosas tan varias, y conversar con tan diversas personas de dentro y fuera de la Compañía (n° 729).

San Ignacio sigue, en su descripción del “entendimiento y juicio” del general de los jesuitas las huellas trazadas por Alberto Magno en el siglo trece: “para discernir los spíritus varios” es necesaria “la prudencia y uso de las cosas spirituales y internas”; “en las cosas externas”, en cambio, se necesita la discreción. Es el rumbo que hará Gracián un siglo más tarde.

San Ignacio se dedica al oficio de discernir los varios espíritus en la segunda semana de los *Ejercicios*. El padre Gil González Dávila, jesuita de la segunda generación de los jesuitas, confesó: “No hay cosa más difícil en todos los Ejercicios que saber bien gobernar este negocio de elección”, frase pasada al texto oficial del *Direc-*

¹⁴ San Ignacio de Loyola, *Obras. Edición manual*, Ignacio Iparraguirre, Cándido de Dalmases y Manuel Ruiz Jurado (eds.), Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997, p. 624, nota 2. Cito,

en lo que sigue, por esta edición, indicando los números de las *Constituciones* y de los *Ejercicios espirituales*.

torio de 1599 de la orden (XXII, 1). Se trata de la célebre *discretio spirituum* entre los que ya han pasado por la primera semana de los ejercicios.¹⁵ San Ignacio distingue “tres tiempos para hacer sana y buena elección en cada uno dellos”:

1.º tiempo. El primer tiempo es cuando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que, sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado; así como San Pablo y San Matheo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor.

2.º tiempo. El segundo: quando se toma asaz claridad y cognoscimiento por experiencia de consolaciones y dessoluciones, y por experiencia de discreción de varios espíritus (*Ejercicios espirituales*, n.º 175 y 176).¹⁶

El ejercitante procede en estos dos primeros tiempos *sine ratiociniis*, “sin discernir con razones a una parte ni otra”, como precisa Antonio Cordeses, rector de la Universidad de Gandía en 1556, año de la muerte de Ignacio de Loyola.¹⁷ La elección se efectúa en busca de lo más perfecto, pero, como amonesta el padre Polanco, secretario de la Compañía, insistente en el carácter elitista de la orden: “Lo que es lo mejor en sí, no es lo mejor para todos” (“Quod enim simpliciter est melius, non unicuique melius est”, *ibid.*, p. 311). Por esta razón San Ignacio aconseja un tercer “tiempo tranquilo, quando el ánima no es agitada de varios espíritus y usa de sus potencias naturales líbera y tranquilamente” (n.º 177), para, “después que así he discurrido y racionado a todas partes sobre la cosa propósita, mirar dónde más la razón se inclina” (n.º 182).

Este tercer tiempo de control racional no es, como admite el padre González Dávila, “de principio tan alto” (p. 519), pero a veces necesario para averiguar que las revelaciones y decisiones del primer y segundo tiempo se inspiran de veras en Dios y no son estratagemas del demonio (según la palabra paulina que “el mismo Satanás se transforma en ángel de luz”; 2 *Cor.* 11, 14), lo que conduce San Ignacio a sus “reglas para sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas

¹⁵ Porque, “si es persona que en cosas espirituales no haya sido versado, y se es tentado grosera y abiertamente, así como mostrando impedimentos para ir adelante en servicio de Dios nuestro Señor, como son trabajos, vergüenza y temor por la honra del mundo, etc.; el que da los ejercicios, no le platique las reglas de varios espíritus de la 2.ª semana; porque quanto le aprovecharán las de la 1.ª semana, le dañarán las de la 2.ª, por ser materia más sutil y más subida que podrá entender” (n.º 9; *ib.*, p. 223). Cf., para la *discretio spirituum*,

la parte correspondiente de los *Commentarii seu explanationes in Exercitia* del padre S. I. A. Gagliardi, de finales del siglo XVI, y Hugo Rahner, *Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe*, Freiburg/Basel/Wien, 1964, cap. 14.

¹⁶ *Obras*, ed. cit., p. 261; cf. n.º 178-183, *ib.*, p. 262 s., y p. 314 (Directorios, n.º 18 y 19).

¹⁷ *Exercitia spiritualia S. Ignatii eorumque Directoria*, Madrid/Roma 11919/955, vol. II, 2, p. 556.

para recibir, y las malas para lanzar” (n° 313), con mayor discreción de espíritus“ (n° 328).¹⁸ Gracián las recordó en los aforismos de su *Oráculo manual*, por ejemplo, en el aforismo 193 (“Atención al que entra con la agena por salir con la suya”) o en el aforismo 250 (“¿Quando se ha de discurrir al revés?”).

La “prudencia y uso de las cosas espirituales y internas” para encontrar el camino espiritual que elegir no se debe prescindir necesariamente, por lo tanto, de “la discreción en las cosas externas”, es decir, de una discreción profana y social. Reconocemos, por ejemplo, la misma estructura bipartita entre una decisión intuitiva y otra racional, en el aforismo 156 del *Oráculo manual* (“Amigos de elección”). Pero a diferencia de la revelación divina que nos garantiza, excepción hecha de la siempre posible intervención del demonio, la buena elección, necesitamos la discreción para la elección de nuestros amigos: “Que lo han de ser a examen de la discreción y a prueba de la fortuna, graduados no sólo de la voluntad, sino del entendimiento” (OM, 156, p. 187).

La vigilancia se recomienda aún más frente a posibles enemigos, porque, como Gracián postula, en el aforismo 111 del *Oráculo manual*, con un acento que hace pensar a Carl Schmitt: “Hase de vivir, o con amigos o con enemigos”. Diego Saavedra Fajardo aconseja la mayor vigilancia en el emblema 51 de su *Idea de un príncipe político christiano* “Fide et diffide” (“Confía y desconfía”): Dos manos que van a estrecharse y, una de ellas, lleva en cada dedo y en la palma sendos ojos abiertos. Saavedra explica esta imagen como sigue: “Confie como si creyese las cosas, y desconfie como si no las creyese. Mezcladas así la confianza y la difidencia, y gobernadas con la razón y prudencia, obrarán maravillosos efectos”.¹⁹

Tenemos aquí como un reflejo anticipado de la célebre regla de gran maestro, “*de procurar los medios humanos como si no huviesse divinos, y los divinos como si no huviesse humanos*” (OM, 251, p. 237). Saavedra Fajardo se refiere en su espejo de príncipes sólo al mundo de las relaciones políticas. Es el mundo de la prudencia en el sentido moderno, es decir, político y social. Pero, como ya observó Alonso López Pinciano en su *Philosophía Antigua Poética*, no hay libros de prudencia.²⁰ Es un arte que no se aprende por reglas sino sólo por la práctica. Y es la discreción maestra de las virtudes sin ser una de ellas, lo cual puede ayudarnos a ser prudentes. Por esto Gracián nos

¹⁸ *Obras*, ed. cit., p. 293; cf. p. 297 s. (n° 328-336).

¹⁹ Diego Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, edición de Sagrario López, Madrid: Cátedra, 1999, p. 612.

²⁰ “Son estas virtudes, digo, el entendimiento y

la prudencia, sembradas por todas las acciones, artes y disciplinas, y quien quisiese escriuir de las prudencias todas, sería menester que supiesse muy en particular de todas las disciplinas, que es imposible” (López Pinciano, *Philosophía antigua poetica*, edición de Alfredo Carballo Picazo, Madrid: CSIC-Instituto “Miguel de Cervantes”, 1973, p. 79).

brinda sus libros, desde *El Héroe*, “melindre de discreción”, como él mismo clasifica el tratado en la dedicatoria a Felipe IV, hasta el *Oráculo manual y arte de prudencia*, pasando por *El Discreto*.

¿Dónde se aprende la discreción? Se prepara en el museo del Discreto, durante la primera jornada de nuestra vida; pero para conocerla de veras hay que buscar y encontrar los representantes de esta calidad superior en la vida, en la segunda jornada de la “culta repartición de la vida de un discreto”. “Tratar con quien se pueda aprender”, como reza el título del aforismo 11 del *Oráculo manual*:

Ai Señores acreditados de discretos que, a más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su exemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una Cortesana Academia de toda buena y galante discreción (*OM*, 11, p. 107).

La academia donde se saca el saber de los libros se transforma en una academia metafórica, la academia de la vida. Y ya entra el discreto en la tercera jornada de su vida, “la mayor y la mejor”, en la cual tiene que “meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto”. Se apercibe así para la entereza, complemento de la discreción y su corona, según el penúltimo realce de *El Discreto*. La entereza, símbolo de perfección desde la *Summa theologiae* (I, 31-37), se adquiere por la culta repartición de la vida aconsejada en el último realce de *El Discreto*, el “saber repartir su vida a lo discreto”, como Gracián sintetiza el realce en el aforismo 229 del *Oráculo manual*. La entereza no es una corona real, sino más bien una corona en el sentido de “la primera tonsura clerical, que es como grado y disposición para llegar al sacerdocio”, según el *Diccionario de Autoridades*.²¹ Lo demuestra la última frase de *El Discreto*, donde se habla de la meditación de la muerte, “muchas veces antes, para acertarla hacer bien una sola después”. La meditación de la muerte es la esencia del saber filosofar, clasificado asimismo corona de la discreción. La filosofía, una filosofía cristiana, porque es consciente de este mundo y del otro a la vez, saca “de todo o la miel del gustoso provecho o la cera para la luz del desengaño”, suministrada por el discernimiento del bien y del mal, es decir, por la discreción.

²¹ Cf. *El Discreto*, ed. cit. p. 346, nota 424.